

Autorreflexividad y heteroreferencia: metacompetencias inherentes a la formación de terapeutas familiares

Yorledy Andrea Ciro-López¹

Alexander Ospina-García²

Ovidio Herrera-Rivera³

Ledy Maryory Bedoya-Cardona⁴

¹ Trabajadora Social – Corporación Universitaria Minuto de Dios (UNIMINUTO); especialista en Terapia Familiar – Universidad Católica Luis Amigó (Medellín); Trabajadora Social Comunitaria de la Secretaría de Gestión y Control Territorial, contratista ITM en convenio con la Alcaldía de Medellín, e-mail: andreacirolopez@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7736-8861>

² Profesional en Desarrollo Familiar – Universidad de Caldas (Manizales); Especialista en Terapia Familiar – Universidad Católica Luis Amigó (Medellín); Maestrando en Educación – Universidad Americana de Europa (UNADE); Especialista de Área Socio-familiar de la Comunidad Terapéutica Amigoniana ÉXODO en Popayán-Cauca; e-mail: aospinag01@gmail.com – ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1089-7814>

³ PhD en Pensamiento Complejo. Multiversidad – México. Docente investigador Universidad Católica Luis Amigó. Líder de la línea: calidad de vida. ovidio.herrerari@amigo.edu.co Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-0872-7840> <https://scholar.google.es/citations?user=gcjNnGEAAAAJ&hl=es>

⁴ Magister en Terapia Familiar. UPB. (Medellín). Docente investigadora Universidad Católica Luis Amigó. ledy.bedoyaca@amigo.edu.co Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4943-3256>

Resumen

Las implicaciones de la persona del terapeuta en la praxis de la terapia familiar no son asunto nuevo. Orientado hacia la idea de una formación que articula ser, saber, hacer y saber hacer, este artículo describe la autorreflexividad y la heterorreferencia como metacompetencias adquiridas por estudiantes de la especialización en terapia familiar durante el primer curso de entrenamiento en la Universidad Católica Luis Amigó en la ciudad de Medellín, Colombia. A partir de una metodología cualitativa de corte hermenéutico, derivada de una investigación institucional, se reinterpretan los sentidos de escritos elaborados por diferentes cohortes, en los que se encuentran la autorreflexividad y la heterorreferencia inherentes al proceso formativo. En esta línea, los hallazgos dan cuenta de un viaje al origen que dota de sentido los aprendizajes basados en redescubrimientos sobre la arquitectura relacional, emocional, racional y conductual del estudiante en formación. Lo anterior conduce inevitablemente a la resignificación de experiencias de vida que tributan al bienestar.

Palabras claves: autorreflexividad; familia; heterorreferencia; metacompetencias; Terapia Familiar.

Abstract

The implications of the therapist's person in the praxis of family therapy are not a new issue. Oriented to the idea of a training that articulates being, knowing, doing and know-how, this article describes self-reflexivity and heteroreference as metacompetences acquired by students of the specialization in Family Therapy during the first training course at the Catholic University Luis Amigó in the city of Medellín, Colombia. From a qualitative methodology of hermeneutic cut, derived from an institutional research, the meanings of writings elaborated by different cohorts are reinterpreted, in which self-reflexivity and heteroreference inherent to the formative process are found. In this line, the findings show a journey to the origin that gives meaning to learning based on rediscoveries about the relational, emotional, rational and behavioral architecture of the student in training. This inevitably leads to the resignification of life experiences that contribute to well-being.

Key words: self-reflexivity; family; heteroreference; metacompetencies; Family therapy.

Como en la terapia, el proceso de formación transcurre en una dimensión temporal, en un encuentro de temporalidades de quienes emprenden el viaje que invita al reconocimiento de otros y lleva al encuentro consigo mismo
(Rodríguez, 2018, p. 90)

Introducción

La elección profesional tiene un impacto importante en la vida de las personas, más aún la elección posgradual. En el caso de la terapia familiar, en Colombia, dicha formación es ofertada como especialización o maestría, lo cual implica que los aspirantes ya profesionales tengan una visión más clara de aquello en lo que quieren profundizar o especializarse, y acercarse al terreno de lo familiar y terapéutico puede ser un indicador de que quien se aventure a este viaje no saldrá intacto.

Como escenario de formación, aunque presenta diferencias según los modelos adoptados por cada institución educativa, se coincide en el reconocimiento de tres pilares esenciales: epistemología, teoría y metodología (Ceberio et al., 2000), y se requiere el desarrollo de habilidades y competencias específicas para el ejercicio de la terapia. Resulta además relevante la persona del terapeuta y la mirada contextual. La metasupervisión se considera un proceso de constante retroalimentación que permite la articulación de los pilares mencionados (Boetsch y Grez, 2019).

Las competencias aparecen con mayor fuerza en la escena de la educación desde la última década, un concepto diverso y polisémico, que se transforma y redundante en la idea de que se deben poseer características y desarrollar comportamientos particulares según el perfil profesional.

Se observa pues que bastantes definiciones resaltan la posesión y dominio de las mencionadas características de forma integral para llegar a “ser capaz” o “tener la capacidad de saber actuar”, por consiguiente, se apunta la idea que las competencias hacen referencia a las capacidades sin las cuales no se puede llegar a ser competente (Domingo y Gómez, 2014, p. 25).

Siguiendo las ideas de Domingo y Gómez (2014), las competencias se relacionan con habilidades que permiten hacer frente de manera eficaz a los requerimientos o necesidades, dentro de un contexto determinado. Entre este amplio marco que orienta la ruta del saber hacer, cobra relevancia la idea de aprender a aprender y los aspectos metacognitivos del aprendizaje (García et al., 2019). Aprender a aprender es considerada una metacompetencia transversal, que se relaciona con la formación de terapeutas familiares, especialmente en lo concerniente a los procesos de supervisión, dado que, en el ejercicio autorreflexivo, el estudiante identifica sus propias habilidades, pero también los puntos de quiebre que lo llevan a encontrar nuevas formas de hacer las cosas.

Aprender a aprender es una metacompetencia porque es una capacidad de movilizar y gestionar diversas competencias conforme a una finalidad que compromete a la persona completa. Mientras que en la competencia tiene un fuerte peso el propósito o fin que se busca, lo que importa en la metacompetencia es la finalidad o razón por la cual se hace algo (Ibíd., p. 81).

⁵ En este artículo se hará referencia al terapeuta como categoría que alude a la persona, sin diferenciar su género, cualquiera que sea.

En el caso de los terapeutas familiares existen de acuerdo con los programas académicos una serie de competencias consideradas de mayor o menor pertinencia para su eficaz desempeño (Chao y Lou, 2018; Butler et al., 2020; Boetsch y Grez, 2019). Entre estas, la posibilidad de reflexionar sobre sí mismo es considerada una característica de los procesos cibernéticos y recursivos que implementa. “La conciencia de uno mismo es una habilidad básica que nos permite controlar nuestros sentimientos y adecuarlos al momento” (Goleman, 2018, p. 54).

La autorreflexión o conversación interna para los terapeutas es una posibilidad de crecimiento. Robert (2017), en el contexto de la formación posgradual de terapeutas familiares en Lovaina (Bélgica), implementa un método de supervisión que destaca la importancia de la persona del terapeuta, apoyándose en la demostrada efectividad de la autorreflexión. De acuerdo con Páez et al., (2017 pp. 16-17) “la autorreflexividad está en todas las dimensiones del ser humano, lo que posibilita definirla como una cualidad tanto personal, como terapéutica (...) vinculada a una historia y a una construcción en valores éticos, morales y/o normativos”.

La reflexión es entendida como capacidad natural de la inteligencia humana, vinculada a la curiosidad y la disciplina, actividad por la cognición y la crítica (Domingo y Gómez, 2014). De acuerdo con estas ideas, la autorreflexión es una postura permanente del terapeuta familiar, un pensamiento cuidadoso, curioso, y dudoso sobre sí y sus acciones. En este sentido es una permanente posibilidad de generar cambios, en una dinámica recursiva en la cual el terapeuta es el sujeto que los experimenta y los promueve. Esta es una consideración de la persona de manera integral no sólo desde un rol, lo que le permite poner en juego recursos cognitivos, emocionales y relacionales para lograr el objetivo, una metacompetencia.

Además de estas consideraciones, la autorreferencia ha sido entendida como la capacidad de un sistema de hacer referencia a sí mismo o a sus elementos internos, Elkaïm (1996) la reconoce como un recurso terapéutico que posibilita un despliegue más acertado de las habilidades del terapeuta. Mientras que la heteroreferencia se refiere a la capacidad de hacer referencia a algo externo a sí mismo, en este caso los otros u otras, que operan como estructuras que movilizan y dan sentido a través de lo que resuena en el interior del terapeuta. De acuerdo con Alvear et al., (2012) ambos permiten mejorar la experiencia de autorreferenciarse para definirse.

Pero, ¿cómo reconocer la forma en que los terapeutas los experimentan? ¿Cómo reconocer las autorreflexiones que suscita un proceso de entrenamiento? Este es el contexto en que surgen los aportes que se presentan en este artículo, para lo cual se hace uso de una construcción metafórica de los procesos personales y académicos vivenciados por profesionales en formación, identificando prácticas autorreflexivas y heterorreferentes, entendidas como metacompetencias.

Acorde a este interés, el texto contiene dos secciones, derivadas de una apuesta discursiva y metafórica a cuatro voces. La primera se denominó *Viajar al origen: un encuentro con el self del terapeuta en entrenamiento*, donde se observa el vaivén de reflexiones personales cuando se trabaja la historia familiar a través del uso del genograma, como herramienta de formación e intervención, la cual permite reflexionar sobre aspectos de la vida personal y familiar (Rodríguez, 2018). La segunda sección se titula *El observador observado*, desde donde se vincula la heteroreferencia como recurso adquirido desde las experiencias en el entrenamiento terapéutico con familias, que permite develar las reflexiones orientadas al crecimiento profesional a través de un acompañamiento supervisado que potencia la autorreflexión como herramienta fundamental en el proceso terapéutico con familias.

De acuerdo con Bustamante y Ramírez (2021), en el marco del aprendizaje se dinamizan procesos autorreferenciales que ayudan a los terapeutas en formación a sobreponerse a las crisis que limitan su proceso formativo al identificar nexos entre el aprendizaje y el ejercicio terapéutico. Fruto de este análisis, se plantean algunas conclusiones desde un ejercicio de autoevaluación en el quehacer profesional.

Método

Este artículo se deriva de una investigación cualitativa que buscó analizar las metacompetencias adquiridas por estudiantes de la especialización en Terapia Familiar de la Universidad Católica Luis Amigó durante el primer curso de entrenamiento. Entre sus objetivos, se buscó describir autorreflexiones orientadas al crecimiento personal y profesional de los terapeutas familiares en formación.

La metodología del estudio se realizó bajo un enfoque hermenéutico y diseño documental, desde un acercamiento a 61 registros escritos de una guía reflexiva de preguntas abiertas, diligenciada por 61 estudiantes entre los años 2018-2020. En la ruta metodológica se empleó el software Atlas ti para categorizar y codificar la información, teniendo como categorías la autorreflexión y las metacompetencias. En dicho instrumento, la información condensada se divide en nueve preguntas orientadas hacia los logros experimentados en el proceso de entrenamiento bajo el enfoque sistémico (primer semestre de una formación de un año). Las preguntas se articulan en cuatro ejes: principios y herramientas metodológicas, autorreflexión propia del enfoque, implicaciones éticas y sociales de la intervención terapéutica con familias, y experiencia de coparticipación.

La reinterpretación de estas experiencias fue abordada por medio del enfoque hermenéutico desde el cual se indica que “cuando alguien narra, compone una historia y crea un espacio entre la vida y la historia relatada. Este espacio otorga la posibilidad de articular dos momentos que aparentemente se contraponen, como lo son explicar y comprender” (Ríos, 2018, p. 54).

En el proceso de análisis e interpretación, se elaboraron memos analíticos y matrices de análisis. Estas últimas permitieron triangular referentes conceptuales, así como narraciones de los participantes e interpretaciones de los investigadores. En sintonía, la discusión de resultados se dio a la luz de la conversación a voces frente a los registros documentales, donde se propone la autorreflexividad como metacompetencia transversal en el proceso formativo de terapeutas familiares.

Resultados y discusión

Viajar al origen: un encuentro con el self del terapeuta en entrenamiento

El ser del terapeuta, con todo su bagaje, tanto histórico como de formación, es fundamental en un proceso de cualquier naturaleza, y lo es más aún en uno terapéutico. Cada uno de los profesionales que se dedican a la tarea de ser psicoterapeutas, es un ser humano y es, en calidad de tal, que debería presentarse en la relación con el otro. Cada uno es un sistema, resultante de la interacción de elementos biológicos, psicológicos, sociales, culturales y espirituales. Cada uno tiene una historia y el hecho de haberla vivido, es lo que va a permitir el encuentro terapéutico (Ortiz, 2008, p. 64).

En tono con la autora, el ser humano constantemente está en la búsqueda de conocerse a sí mismo, interés vital con dimensiones complejas e incluso temerarias en un contexto educativo-formativo. En este caso, dicho contexto está habitado por estudiantes de terapia familiar que emprenden un viaje hacia su origen, el cual supone un encuentro intersubjetivo con la historia familiar que permite la reflexividad sobre aspectos sociales, familiares, culturales, costumbres y prácticas. Se trata de un ejercicio complejo que demanda acompañamiento y supervisión.

La metáfora viajar al origen, en este caso se propone como el retorno a la revisión de sistemas de creencias, donde maestros y maestras, padres, madres, y/o personas adscritas a la realidad personal, familiar y social, que brindaron cobijo por afinidad o consanguinidad, incidieron de manera particular en experiencias significativas que en el presente promueven acciones, emociones y reacciones coherentes con dichas experiencias. En tono con esto, se recrea la urgencia de resignificar lo que no se tuvo en el pasado para trabajar en el presente. En este punto, es necesario viajar con el objeto de avizorar aspectos que repercuten en la historia de vida personal donde exista una reflexión para observar a las familias en consulta desde un sentir subjetivo que empatee con el mundo familiar presente. Es decir, configurar un sistema observante (Watzlawick y Krieg, 1994).

Una precaución para este viaje es suponer que se encontrarán dificultades en la historia familiar tales como secretos, o el rastro de comportamientos abusivos que requieren reconstrucciones de la historia vivida para una reparación psicoemocional que mejore la práctica terapéutica (Díaz, 2021). Esto no siempre es así, dado que algunos terapeutas, sin preverlo, han vivido experiencias que limitan las presencias afectivo-emocionales, como barreras que interfieren en su hacer. Por ello, han requerido intervenciones del supervisor, consideradas una pieza fundamental en el desarrollo del programa de formación práctica (Saiz y Susinos, 2017). Al respecto, como plantean algunos terapeutas en formación, es importante “reconocer los múltiples mandatos que encubren patrones negativos en mi familia, las capacidades que como familia hemos desarrollado a través de éstos y también las decisiones que nos hemos permitido, resolviendo romper con los mandatos y patrones” (TF54)⁶.

Acorde con lo anterior, se propone la metáfora de los vehículos terapéuticos como recursos que posibilitan el viaje al origen del que se ha hablado. Viajar supone adentrarse en un vehículo con un rumbo y un ritmo determinados y, para el caso, depende del objetivo reparador que necesite la persona que se aventura. Al respecto se plantean tres tipos de opciones terapéuticas para realizar el viaje al origen: la motocicleta, el automóvil y el avión.

La motocicleta representa un viaje subjetivo, personal e introspectivo que realiza el sujeto para buscar algo que debe ser reparado, tramitado y trabajado en intervención supervisada para mejorar la práctica terapéutica. Se piensa de manera individual para los terapeutas en entrenamiento cuando se identifica una necesidad en la historia de vida familiar, además, supone adentrarse en las rutas del ser para realizar cambios en estructuras de pensamiento, comportamientos y prácticas básicas de confrontamiento personal y profesional en el marco de las intervenciones psicosociales, especialmente con familias.

⁶ Se hará referencia en este apartado a algunos testimonios aportados por participantes de la investigación. Serán identificados por un código que relaciona su formación en proceso (T) Terapia (F) Familiar y el número del registro escrito.

Este vehículo tiene una particularidad y es su ligereza, pero también la falta de espacio para viajar en compañía, además de dificultades de tipo climático. No obstante, y a pesar de las dificultades, los obstáculos se sobrepasan, y se continúa el destino hacia puertos seguros. Ahora bien, en una moto normalmente viaja una persona y máximo dos, uno de los cuales representa el terapeuta en formación y el otro al supervisor.

El viaje, por supuesto, requiere tiempo, esfuerzo y disposición para asegurar llegar al destino, lo que implica confrontar temores y tensiones. En el caso de los terapeutas en formación, estos pueden limitar su nivel de autorreflexividad y por ende su bienestar personal. El objetivo reparador se basa en la identificación de patrones que obstaculizan el quehacer terapéutico con familias. En palabras de Albertín (2007, p. 13) es “conocer el conocimiento que hace servir”.

El automóvil, por su lado, representa el viaje que se realiza en compañía de otros. Usualmente, en este tipo de viajes se generan grupos por afinidad o consanguinidad. Desde una perspectiva grupal, se puede advertir la necesidad de trabajar sobre las dificultades propias del viaje, lo cual puede favorecer tanto la reflexividad individual como la grupal. Ambos aspectos confrontativos potencian la llegada al origen en condiciones de bienestar.

En este contexto, para el terapeuta familiar en formación, cuando se realiza el preencuentro en espacios formativos, antes de tener un acompañamiento terapéutico, el grupo se prepara para realizar los aportes al trabajo que desempeña el terapeuta y coterapeuta, por ello, se hace referencia a un automóvil al cual ingresan personas que realizan un trabajo en conjunto, y articulan la autorreflexividad, para fortalecer sus prácticas en pro de cambios e historias alternativas frente a situaciones que aparecen como problemáticas. El objetivo reparador del automóvil es conducir en pro de la reconstrucción, en apoyo de un grupo colaborativo que comparta intereses. La ventaja de viajar en este vehículo tiene que ver con lo que se denomina el apoyo al apoyo (Minuchin et al., 1984; León et al., 2015).

Por último, el avión recrea el viaje que se realiza solo o acompañado, pero con una distinción significativa, y es que se convierte en el medio de transporte que disminuye el mayor número de obstáculos, a diferencia de los casos anteriores; debido al contexto, este viaje al origen se realiza de forma rápida, sin obstrucciones y en primera clase.

Al respecto, y desde una perspectiva terapéutica, este tipo de viaje lo realizan personas que han trabajado en su *self*, y a las cuales se les facilita volver, sanar, y regresar con modificaciones en sus patrones y mandatos generacionales, lo que fortalece el abordaje terapéutico. Es claro que no todos los terapeutas en entrenamiento emplean este tipo de vehículo, especialmente por los altos costos que representa. Aun así, es un viaje por las nubes, que, aunque puede implicar contratiempos, estos son mínimos en comparación con los de los otros vehículos descritos. La ruta que sigue el avión está en pro del cuidado de la práctica terapéutica en las intervenciones con familias, lo cual implica buscar de manera rápida respuestas para la promoción de reflexiones en torno al cambio.

Estas opciones que se proponen como vehículos terapéuticos para el viaje que realiza el terapeuta en entrenamiento a su origen, pueden variar por el contexto o la misma historia familiar del sujeto. Adentrarse en estos viajes no es tarea sencilla, dado que está dotada de complejidad. Por esta razón, dicha tarea se realiza en un contexto de supervisión en el cual el terapeuta en formación conduce el vehículo y las llaves para cada viaje las proporciona el entrenamiento supervisado. En este sentido, se entrena para viajar en alguno de estos vehículos, confrontando dificultades y limitantes.

Para eso existen las escuelas de conducción, que independientemente del vehículo, ayudan al conductor a evitar traumatismos y accidentes. En palabras de la terapia, viajar al origen supone aprender a no estrellarse contra la vida misma y la de los demás; lo que García et al., (2019) definen como aprender a aprender, es narrado desde la experiencia de los terapeutas en formación cuando expresan que “considero que aún me cuesta realizar las preguntas reflexivas, porque vivo pensando en la manera en que mi cuestionamiento no llegue a lastimar al otro” (TF52). Estos viajes son una representación del abordaje del self. “Se traduce en un cuidado de sí que va más allá de lo que se tiene, de las pertenencias y del mismo cuerpo y las necesidades que todo ello requiere” (Rodríguez, 2018, p. 96). Por su parte, Ortiz (2008, p. 65) complementa esta tesis afirmando que:

No se puede negar ni hacer a un lado “las maletas” que se lleva, pero sí se puede y algunas veces “se debe” revisar estas maletas para crecer y acompañar a otras personas en el camino. Este proceso no es fácil, requiere de la íntima convicción de que hacerlo traerá bienestar al terapeuta mismo, y de igual forma a las personas con las que trabaja.

Así, la necesidad del cuidado del *self* no está sólo en el ejercicio inter e intrapersonal que realiza el terapeuta familiar en entrenamiento, sino en el cuidado que debe tener para ir a su origen, a la familia, su historia y secretos

Esta persona tiene en sus manos un bagaje que ha ido adquiriendo conforme ha avanzado en su proceso vital, en primer lugar; pero también en su proceso de formación, conforme va ganando experiencia con los consultantes o con las personas que están a su cargo en otros procesos, como la formación o la supervisión (Ortiz, 2008, p. 64).

En línea con estas tesis y en vínculo con la metáfora, ir al origen se trata de “aprender a observarse y del reconocimiento del self” (TF29). Un ejercicio autorreferencial que implica verse en un espejo que identifica aspectos prácticos y subjetivos que se han visto opacados por patrones recurrentes no identificados antes, “conocerme en mis capacidades y dificultades para estudiar, aprender proyectarme en lo que quiero y como lo quiero” (TF, 2).

En este punto, se requiere de valentía para realizar el viaje al origen, a la familia, al lugar donde la fragilidad es máxima y la persona está íntimamente desnuda ante los demás; podría denominarse como una íntima exposición terapéutica. El estudiante en formación, al resignificar su historia familiar y realizar un trabajo interpersonal, se muestra tal cual como es, con capacidades y limitaciones para su práctica terapéutica con familias. Retomando a Ortiz (2008), esto implica recordar momentos vividos y no vividos, los cuales dejan huellas y por ende sensibilidad para el terapeuta, con la responsabilidad ética de permitirse revisarlos, evitando que estos se trasladen a los consultantes y generen malestar, siendo también, un recurso que puede aportar en la intervención terapéutica. Prácticas éticas que no todos los terapeutas realizan de manera consistente, que le permiten autoobservación y cuidado de su *self*.

Estos bagajes teórico-prácticos se complementan o se encarnan en el ser, se combinan con lo que el terapeuta es; razón por la cual, es fundamental el hecho de haber trabajado la propia historia, que constituye un elemento básico para acompañar a otras personas en su quehacer (Ortiz, 2008, p. 65).

En este contexto, una de las herramientas más importantes para realizar este ejercicio de autorreflexión es el genograma. McGoldrick y Gerson (1985) lo describen como “un formato para dibujar un árbol familiar que registra información sobre los miembros de una familia y sus rela-

ciones durante por lo menos tres generaciones” (p. 17). Por tanto, permite un mapeo de la historia, los patrones, ciclos, eventos y estructura. Más allá de esto, desde una lectura más actual, también puede considerarse una estrategia que dota de significado la revisión de la historia familiar, generador de reflexión que puede variar en sus usos, siendo uno de ellos el taller (Rodríguez, 2018). Es, en fin, un promotor de reflexividad que se sitúa en los procesos de formación (Russell y Martin, 2017).

No hay enseñanza sin investigación ni investigación sin enseñanza. Estos quehaceres se encuentran cada uno en el cuerpo del otro. Mientras enseño continuo buscando, indagando. Enseño porque busco, porque indagué, porque indago y me indago. Investigo para comprobar, comprobando intervengo, interviniendo educo y me educo (Salazar y Samayoa, 2015, p. 268).

En ejercicios realizados con supervisión en la práctica, el genograma constituye un elemento clave para la autorreferencia, en tanto permite reflexionar sobre el relato de la historia en un ejercicio colectivo que a través de preguntas amplía el panorama de la percepción. “Mi propia historia es un proceso enriquecedor en conocer y reconocer cada una de las características que contribuye en mi dinámica, en mi estilo personal y cómo intervengo en las familias” (TF, 19).

Autorreflexión, heterorreflexión, lectura relacional de las situaciones familiares y self, son conceptos transversales en los procesos de formación de terapeutas familiares sistémicos. El genograma se convierte en una experiencia que contribuye al self a la luz de nuevas incorporaciones conceptuales, que lo invitan a reconocer múltiples versiones de la historia, como una manera distinta de significar experiencias pasadas y presentes, en correspondencia con lo que como terapeutas familiares se buscará propiciar en otros. Además, “configura un modo de trabajar, que vincula el contexto y la vida relacional y afectiva de personas y familias” (Herrera y Bedolla, 2021, p. 252).

El observador observado: la heterorreferencia como recurso adquirido desde las experiencias en el entrenamiento terapéutico con familias

En el entrenamiento en terapia familiar de la especialización de la Universidad Católica Luis Amigó, sede Medellín, se reflexiona con el terapeuta en formación sobre la importancia de observarse a sí mismo y a otros como parte fundamental del aprendizaje significativo. La observación es un recurso terapéutico, pretende mostrar cómo se observa y a su vez, se es observado por otros. A partir de allí, el énfasis hacia el observador observado, así como la ganancia intersubjetiva de este trabajo para el entrenamiento repercute directamente en la práctica terapéutica.

Lo anterior lleva a revisar aspectos relacionados con la reflexividad que “también se aplican a la práctica profesional, como ejercicio de comprensión de los principios teóricos-ideológicos que la rigen. A partir de esta ‘toma de conciencia’ el científico/a-profesional puede operar cambios sobre sí, y transformar su práctica” (Albertín, 2007, p. 8), lo cual permite que desde la autoreflexividad orientada al crecimiento personal y profesional del terapeuta familiar, se desarrollen competencias que van más allá del trabajo realizado con familias para que exista un ajuste en el curso de los rumbos interventivos desde la reflexión sobre la propia postura.

Uno de los primeros pasos para trabajar en el sí mismo durante el entrenamiento (parte fundamental de la formación), tiene que ver con el viaje al origen, donde se identifican y replantean mandatos familiares limitantes y se reflexiona frente a las voces interiores que afirman ‘yo soy así’ o ‘yo tengo este saber’. Así,

Las relaciones que se mantienen con la propia familia de origen juegan un rol considerable en el estilo relacional que se adopta con las familias con las cuales se trabaja; es por esta razón que el trabajo de la propia historia es fundamental (Ortiz, 2008, p. 66).

De esta manera, el estudiante se ubica en un rol de observador observado cuando va más allá de sus patrones socio familiares y recibe la experiencia de otros para nutrir la misma formación, como bien lo afirma un estudiante: “identificar mis falencias como persona y [del] mismo modo descubrir mis aspectos positivos, que pueda llevar a terapia” (TF5).

La autoreflexividad, es comprendida entonces como una metacompetencia del terapeuta familiar, quien, a través del autodescubrimiento, logra aprender a aprender en la medida en que avanza en el reconocimiento de su forma de hacer terapia, de sus recursos y habilidades, sus fortalezas y también sus puntos débiles. En la terapia, el self personal no se desliga del profesional, por lo tanto, al reconocer que el terapeuta en sí mismo es un recurso para la terapia, su responsabilidad de autoconocimiento aumenta, y su capacidad reflexiva es clave. La metacompetencia se encuentra ligada a la razón del hacer (García et al., 2019).

La práctica grupal, verse a través de los ojos de los demás y recibir apreciaciones, sirve como apoyo para mejorar el estilo terapéutico. Algo aparentemente sencillo, pero complejo en la medida en que aceptar la observancia de otro implica un proceso heterorreferencial. Esto es “observar a los otros de manera integral con el fin de ayudarles a reconocer sus aciertos y desaciertos y a fortalecer los primeros con la identificación y puesta en primer plano de los recursos” (Sánchez, 2014, p. 130), lo que en palabras de un estudiante implica “observarme mientras observo” (TF, 43).

En este proceso, la propuesta se realiza en referencia al observador observado como recurso terapéutico que promueve el desarrollo de metacompetencias. Al respecto, Bustamante y Ramírez (2021) plantean “la relevancia de la autorreferencia tanto para el supervisor como para los terapeutas en formación, a modo de herramienta que facilita la comprensión de los contextos relacionales en los que se está inmerso” (p. 11). El entrenamiento del terapeuta familiar sistémico es transversalizado por una cibernética de segundo orden que le permite interactuar con el sistema y los subsistemas, donde es consciente de la participación activa. En tal sentido, “los principios pedagógicos impactan en la supervisión y la formación del terapeuta en un enfoque investigativo-interventivo. Cuando estos son centrados en el coaprendizaje y la cibernética de segundo orden, que se ocupa del observador dentro de lo observado” (Bustamante y Ramírez, 2021, p. 2).

El equipo reflexivo emerge como otra herramienta o recurso que, de acuerdo con Rodríguez (2018), se convierte en un ejercicio heterorreferente una “experiencia grupal [que] cobra relevancia en la medida en que devela permanentemente características de los participantes, y formas de relación que posibilitan el aprendizaje, a través de la reflexión de las situaciones que en dicho contexto emergen” (p. 95). Es así como se infiere que este recurso se convierte en otro espejo del terapeuta familiar sistémico para su entrenamiento, el cual contribuye al fortalecimiento de elementos emergentes de la observación, bien sea de familia-terapeuta/coterapeuta, del terapeuta/coterapeuta-equipo reflexivo y viceversa o entre terapeuta-coterapeuta únicamente.

Darle validez a las propias observaciones y las que realizan los demás en el espacio terapéutico modifica comportamientos y estilos que favorecen la práctica terapéutica con los sistemas familiares en la búsqueda de cambios, y en sintonía con los motivos de consulta o demandas, lo cual implica “darle significado y valor a los aportes de mis compañeros, entender que cada uno desde su historia, puede ver a la familia desde sus múltiples posibilidades, sobre todo, cuando actúan desde el lugar de un equipo reflexivo” (TF43).

En otras palabras, equivale a los procesos colaborativos entre estudiantes y supervisores, mediados por diálogos reflexivos enfocados hacia logros de aprendizaje, considerados vitales en la práctica terapéutica, en articulación a la praxis adquirida en el curso de entrenamiento:

El conocimiento se regenera así mediante conversatorios reflexivos que movilizan la creación de diferentes niveles de observación y mayores niveles de complejidad, desde la polifonía de voces de los agentes del contexto de formación que inciden en la construcción y transformación del cambio epistémico y paradigmático (Garzón, 2008, p. 166).

Los diálogos reflexivos llevan a la construcción de nuevos saberes; de ahí la importancia de fomentar la formación de profesionales reflexivos capaces de evaluarse a sí mismos, como bien lo manifiestan Tardif y Nunez (2018, p. 400) al indicar que

El profesional reflexivo juega un rol crucial para los formadores universitarios, ya que posee una visión conceptual de la práctica docente coherente con la cultura universitaria, poniendo a la vez el énfasis en el actuar profesional y la formación del profesional a través de la acción.

Otra estrategia fundamental para estos procesos colaborativos es la comunicación del supervisor, terapeuta, coterapeuta y equipo reflexivo; ser observado por otro observador y observar lo observado no es algo sencillo que va más allá de un juego de palabras, implica desde el entrenamiento terapéutico con familias, el acompañamiento de un supervisor, quien juega un papel relevante para mantener niveles de estabilidad emocional, calma, armonía, además de fomentar un análisis cuidadoso de situaciones vinculadas a la heterorreferencia. Como bien lo describen Gálvez et al. (2020, p. 39), en el escenario académico “se debe insertar la invitación crítica a que los docentes profesionales de estas áreas propicien la reflexión de los estudiantes como competencia profesional”.

En el transcurso del entrenamiento, quienes participan del trabajo observacional subjetivo, presentan fortalezas personales y formativas; al respecto, Domingo (2009) refiere que “precisamente las situaciones en que se produce el conocimiento están cargadas de reflexiones e intervenciones personales, y los procesos de autoestima son, en estas ocasiones, muy frágiles en función del efecto que producen en los demás” (p. 43). De esta manera, cuando se propone el observador observado como un proceso de transformación de la práctica terapéutica, se hace alusión a la capacidad que tiene el sujeto de dejarse observar por otros y a su vez, observar a los que le están observando. En este caso se trata de una retroalimentación recursiva, la heterorreferencia como metacompetencia.

Conclusiones

La aventura de un viaje hacia el origen del terapeuta se convierte en una oportunidad de revisión y resignificación de la historia de vida familiar, el trabajo personal para el mejoramiento de la práctica terapéutica, en la cual el terapeuta se asume así mismo como recurso de cambio. Los tres vehículos propuestos como metáforas para realizar dicho viaje evidencian posibilidades de adquirir nuevos saberes y a su vez desarrollar competencias necesarias para la práctica enfocada en cambios que benefician el sistema terapéutico.

Además, dejarse tocar terapéuticamente hablando por otros a través de las reflexiones, interpretaciones, expresiones y manifestaciones de cambio en el quehacer como retroalimentación recursiva se convierte en una herramienta fundamental cuando el observador es observa-

do por otros observadores que también están inmersos en la práctica terapéutica (Ospina et al., 2021). Por eso, el observador observado es un llamado a la humildad subjetiva para construir con otros el conocimiento y mejorar el estilo y los ejercicios en terapia.

Al asumir auto y heterorreferencia como metacompetencias, se hace alusión a la posibilidad de que los profesionales trabajen sobre sí mismos para desarrollar con mayor habilidad sus competencias y adquirir otras que se requieran en el proceso. Estas puede corresponder tanto a herramientas cognitivas como a las personales, emocionales y sociales. Se trata de ir más allá del aprendizaje académico y lograr uno más integral.

Acorde a lo expuesto, la intención de este artículo es convocar a estudiantes y profesionales en terapia familiar para que hagan una revisión de sí mismos, considerada como una necesidad para la intervención con familias. Esto implica reconocer su lugar en la intervención, rol y estilo terapéutico como potencializadores y movilizadores de cambios en el sistema o, por el contrario, obstáculos. El entrenamiento terapéutico implica el desarrollo de recursos personales y profesionales reconocidos como metacompetencias, en cuanto posibilitan el aprender a aprender. Finalmente, se invita a la comunidad académica a seguir revisando el tema propuesto y dar más fuerza conceptual a planteamientos como aprender a *aprender*.

Bibliografía

- Albertín, C. (2007). La formación reflexiva como competencia profesional. Condiciones psicosociales para una práctica reflexiva. El diario de campo como herramienta. *Revista Enseñanza Universitaria*, 30, 7-18. <http://hdl.handle.net/11441/55274>
- Alvear, M., Jerez, R. y Chenevard, C. (2012). Formación de terapeutas en un programa de especialización en Terapia Familiar Sistémica. *Psicología Em Estudo*, 17(2), 183-193. <https://www.scielo.br/j/pe/a/jqtp3PJ4fV3Cnm7RNwGQMZC/>
- Boetsch, T. y Grez, M. (2019). Instituto Chileno de Terapia Familiar: 35 años en la Formación de Terapeutas. *Revista de Familias y Terapias*, 28(46), 21-28. <https://doi.org/10.29260/DFYT.2019.46A>
- Bustamante, O., y Ramírez, D. (2021). Revisión del concepto de autorreferencia en la formación de terapeutas sistémicos. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 13(1), 1-26. <https://doi.org/10.17533/udea.rp.e342261>
- Butler, C., Sheils, E., Lask, J., Joscelyne, T., Pote, H., y Crossley, J. (2020). Measuring competence in systemic practice: development of the 'Systemic Family Practice-Systemic Competency Scale' (SPS). *Journal of Family Therapy*, 42(1), 79-99. doi: 10.1111/1467-6427.12251
- Ceberio, M., Moreno, J. y Des Champs, C. (2000). La formación y el estilo del terapeuta. *Revista Perspectivas Sistémicas*, (60). <http://www.redsistemica.com.ar/formacion3.htm>
- Chao, W., y Lou, Y.C. (2018). Construction of core competencies for family therapists in Taiwan. *Journal of Family Therapy*, 40(2), 265-286. doi: 10.1111/1467-6427.1220
- Díaz, P. (2021). *Cuaderno de talleres psicoterapéuticos para la reconstrucción emocional*. Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó.
- Domingo, R. (2009). Desarrollar la competencia reflexiva en la educación superior. Diez propuestas para el aula universitaria. *Revista Panamericana de Pedagogía, saberes y quehaceres del pedagogo*, (14-15), 33-57. <https://hdl.handle.net/20.500.12552/4311>
- Domingo, A; y Gómez, M. (2014). *La práctica reflexiva. Bases, modelos e instrumentos*. Narcea.
- Elkaïm, M. (1996). De la auto-referencia a los ensamblajes. *Revista de la Asociación Andaluza de Terapia Familiar y Sistemas Humanos*, 12-26.
- Gálvez, S., Lorca, A., Pérez, M., y Rivera, M. (2020). Supervisión y acompañamiento de prácticas profesionales. Desarrollo de un enfoque de reflexividad práctica desde un self-study colaborativo. *Revista Iberoamericana de Educación*, 82(1), 31-50. <https://rieoei.org/RIE/article/view/3682>

- García, F., Yurén, T. y López, I. (2019). La Metacompetencia "Aprender a aprender" en educación superior: algunas implicaciones prácticas y éticas. En Lugo, E., Villaseñor, E. L., y Camarena, M. T. Y. (Eds.), *Temas transversales en educación superior, perspectivas y estudios en casos* (pp.69-87). Universidad Autónoma del Estado de Morelos. https://www.researchgate.net/publication/337875027_
- Garzón, D. (2008). Autorreferencia y estilo terapéutico: su intersección en la formación de terapeutas sistémicos. *Diversitas: Perspectivas en psicología*, 4(1), 159-171. <https://www.redalyc.org/pdf/679/67940113.pdf>
- Goleman, D. (2018). *La inteligencia emocional. Por qué es más importante el coeficiente intelectual*. Le libros. <https://ciec.edu.co/wp-content/uploads/2017/08/La-Inteligencia-Emocional-Daniel-Goleman-1.pdf>
- Herrera Rivera, O., y Bedolla Cardona, L. M. (2021). El genograma y el juego en la intervención psicosocial en temas de crianza. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, (62), 243-275. <https://www.doi.org/10.35575/rvucn.n62a10>
- León, M., Hidalgo, G., Jiménez, G. y Lorence, L. (2015). Estilos relacionales en Terapia Familiar: necesidades de apoyo para el proceso de intervención. *Mosaico*, 60, 16-30. <http://hdl.handle.net/11441/36380>
- McGoldrick, M. y Gerson, R. (1985). *Genogramas en la evaluación familiar*. Gedisa.
- Minuchin, S., Fishman, H. y Echeverry, J. (1984). *Técnicas de terapia familiar*. Paidós.
- Ortiz, D. (2008). *La terapia familiar sistémica*. Universidad Politécnica Salesiana
- Ospina, G. Rodríguez, B. y López, A. (2021). Acompañamiento terapéutico fuera de los límites del consultorio: una experiencia vital in situ. *Revista Criterios*, 28(2), 140-149. <https://doi.org/10.31948/rev.criterios/28.2-art9>
- Páez, M., Hernández M., Jiménez, V., Restrepo, T. y Zuluaga, G. (2017). *La autorreflexividad en la formación sistémica: sendero hacia la construcción terapéutica*. Universidad de Manizales. <https://ridum.umanizales.edu.co/xmlui/handle/20.500.12746/3029>
- Ríos, S. T. (2018). La hermenéutica reflexiva en la investigación educacional. *Revista Enfoques Educativos*, 7(1), 51-66. <https://revistateoria.uchile.cl/index.php/REE/article/view/48177/50808>
- Robert, P. (2017). Addressing the Person of the Therapist in Supervision: The Therapist's Inner Conversation Method. *Family process*, 56(2), 487-500. <https://doi.org/10.1111/famp.12220>
- Rodríguez, M. (2018). *El genograma. Un viaje por las interacciones y juegos familiares*. Morata.

- Russell, T. y Martin, A. (2017). Teacher education needs an epistemology of practice. En J. Mena, A. García-Valcárcel, F. García y M. Martín del Pozo (Eds.), *Search and research: Teacher education for contemporary contexts* (pp. 111-118). Ediciones Universidad Salamanca
- Saiz, L. y Susinos, R. T. (2017). "Nos dabas la confianza para hablar". El supervisor universitario en un practicum reflexivo. *REICE*, 15(1), 55-69. <https://doi.org/10.15366/reice2017.15.1.00>
- Salazar, S. y Samayoa, L. (2015). El pensamiento reflexivo en la formación del futuro profesor. *Ra Ximhai*, 11(4), 267-287. <https://www.redalyc.org/pdf/461/46142596020.pdf>
- Sánchez, R. (2014). Auto y heterorreferencia: intervención, supervisión. *Trabajo Social*, 16(16), 127-141. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/47063>
- Tardif, M. y Nunez, . (2018). La noción de "profesional reflexivo" en educación: actualidad, usos y límites. *Cuadernos de Pesquisa*, 48, 388-411. <https://doi.org/10.1590/198053145271>
- Watzlawick, P. y Krieg, P. (1994). *El ojo del observador*. Gedisa.